



EL VUELO DE LAS SOMBRAS

Carlos Rodríguez
Nicolás Rojas

EL VUELO DE LAS SOMBRAS



Primera edición: febrero de 2026

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Carlos Rodríguez

© Nicolás Rojas

ISBN: 979-13-88195-10-5

ISBN digital: 979-13-88195-11-2

Depósito legal: M-3455-2026

Editorial Adarve

C/ Luis Vives 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A Salva

«SALVA»

Salvador se desveló aquella mañana como de costumbre, cegado por los tempranos rayos de un sol que, sin quererlo, se escurrían por su ventana. Sin trompicón alguno se levantó de la cama y pudo deslizarse hasta la cocina, dónde solo le esperaban restos de noches pasadas y platos astillados por la mugre. Sacó de un armario blanco una lata de aluminio, la puso sobre la mesa y se sirvió dos cucharadas de café en una taza que acababa de limpiar. Ni siquiera tenía ganas.

Sorbía lentamente como si se viera atrapado en la perpetua pesadumbre de la rutina. Cuando aún ni se frisaba el fondo de la taza, la dejó junto a aquellas torres de cerámica que, con frecuencia, dejaba a la deriva sobre el lavaplatos. Se encaminó de nuevo hacia su dormitorio; apático y desganado.

Como era costumbre, eligió la misma camisa de siempre, roja y a cuadros, sin ni siquiera molestarse en comprobar si estaba limpia. Aunque la verdad, no era nada nuevo; era propio de él. Jamás se había preocupado en exceso por la apariencia, y, quizás, eso es lo que le acabó llevando a su ruina.

Salvador no tardó mucho en recoger unos pantalones del suelo, decantándose por aquellos tristes y desgastados tejanos que había estado llevando durante semana y media, día tras día. Sin embargo, no se consideraba un hombre indecoroso, y fue por ello que, antes de partir, se roció con su colonia favorita, apurando hasta gastar el contenido de aquel frasco ya vacío.

Se había acostumbrado a recorrer las calles desiertas, y cómo no, a saludar a la señal que diariamente le daba la bienvenida a Ontalvilla de Almazán.

—Salvador, ¿no te planteas siquiera cambiar?

—Si ya no me queda nadie, dime por qué lo necesito. Esa absurda necesidad de complacer... de impresionar, es algo pasajero. Una vez se presenta en tu vida, debes elegir si atender esa necesidad o no, pero de un modo u otro acabarás llegando siempre a la misma conclusión. Estamos solos, nadie nos observa, y mucho menos si la vista les complace.

—Vaya, qué sorprendente... no es como si supiera lo que ibas a decir. Es porque la echas de menos, ¿no?

—Cállate, no estoy de humor como para hablar de eso, y menos contigo.

—Nunca lo estás.

—¿Y por qué debería estarlo? ¿No crees que puedo enterrar ese dolor y olvidarme de él para siempre? Que ya tengo una edad, por favor.

—Ese es el problema, que puedes. Siempre has podido. Apilando las montañas de dolor como pila de estírcol... Que lo son, no te equivoques, pero esta pila crece y te contamina.

—...

—Y lo peor es que, en el fondo, sabes que eres un cobarde. Vas de sepulturero de las penas, pero eso no es más que una ruin táctica para no enfrentarte, asimilarlo, y hacer que deje de atormentarte como lleva haciéndolo toda tu vida. Solo lo entierras, esparses ese montón de mierda por tu mente y encima eres incapaz de superarlo. En lo más recóndito de ti encuentras placer en esa... zozobra constante en la que vives, y si no eres capaz de asumirlo, al menos asume esto. Nunca has intentado superarlo, porque sabes que eres capaz.

—Te voy a ser honesto; no te soporto, y si no te he pegado un tiro aún es porque eso me costaría la vida.

Pero antes de que la conversación fuera a más, el estruendo de un viejo John Deere pareció devolverle a la realidad.

—¿Qué hay, Salva? —exclamó alguien con un marcado acento soriano. Era su vecino, Félix Ángel.

Aturdido, este se limitó a devolverle el saludo.

—Dios le guarde, y que tenga un buen día don Ángel.

No tardó mucho en llegar a su vieja tienda de ultramarinos, por todo el pueblo conocida; no solo por ser el único establecimiento de la zona, sino por una calidad y trato hacia todos sus clientes que rozaba la caridad.

A medida que se aproximaba al local, Salvador empezó a vislumbrar la figura de un individuo esperando en la puerta. Era Román, su mejor y único ayudante. Hijo de los difuntos Pilar y Juan José, era un joven fornido de brazos hercúleos trabajados por el vaivén de cajas en la tienda. Poseía un rostro amigable, aunque poco masculino, pues tenía unas mejillas sonrojadas y un mentón notablemente redondeado, lo que no le impedía tampoco ser un buen partido en un pueblo de apenas cuatro jóvenes por quinta.

La verdad es que, a pesar de su inexperiencia, Román se había convertido en una de las pocas personas cercanas a Salvador, y la confianza que el propietario del establecimiento había ganado hacia él era clara e inexplicable viniendo de un hombre bohemio y taciturno.

Aunque Salvador no había llegado todavía a la puerta, ese joven aspirante a tendero ya estaba de pie, con semblante sonriente y tatareando una canción que se vio cortada por la necesidad de saludar a su idolatrado jefe.

Estando ya los dos juntos, Salva le pasó el brazo por la espalda y lo guio hacia dentro del local.

Nada más abrir la puerta, el característico olor a humedad del local recibió a ambos con notable ilusión, invitándolos a recorrer los estrechos pasadizos que fragmentaban la tienda en pequeños departamentos. La caja registradora, vieja y casi tan decrepita como el almacén, contemplaba su entrada imaginando con desasosiego la pesadumbre del trabajo que le esperaba.

Las paredes, no descuidadas pero marcadas por las generaciones de tenderos, dejaban entrever una ligera mezcla de los colores que, en otros tiempos, había lucido con orgullo. Tímidamente, los rayos de sol más primerizos se iban filtrando por

las puertas de cristal que Salva abría diariamente de par en par, dejando claro a los viandantes que aquel local ya estaba abierto, matizándolo con su habitual pizarra donde indicaba el precio de la fruta. Y es que, a pesar de su dejadez, Salvador tenía una impecable caligrafía que a menudo usaba para captar la atención de los escasos nuevos clientes.

Cuando entró, se puso un delantal blanco de franjas azules que reposaba sobre el mostrador, y, sin miramientos, se apresuró a afilar sus cuchillos de carnicero.

—Jefe, nos estamos quedando cortos de aceitunas! —gritó Román desde el almacén—. Bueno, de aceitunas y de conservas en general —murmuró para sus adentros.

Sacó a desgana la última lata de olivas rellenas de anchoas (bien muypreciado en Ontalvilla), y salió del almacén arrastrando consigo un marcado olor a leña.

—¿Es todo lo que has podido encontrar? —preguntó desanimado Salvador.

—Sí, jefe, lamento informarle de nuevo de que nos quedamos sin existencias, y ade...

El inesperado saludo de Salva hacia don Elías pareció atraer a la primera oleada de clientes, y como de costumbre, el pueblo se sumergió en una atmósfera de sorprendente vitalidad, reanudando el movimiento del pueblo que la noche acostumbraba a calmar. Pasaron por delante caras conocidas, como la del párroco Juan, la de Manolo, el único herrero de la zona, y la de Cristóbal, propietario de La taberna de Cristo. Este último se detuvo a dar los buenos días, tanto a Salvador como a Román, al que vio entrar de refilón al almacén por decimoquinta vez.

—Buenos días —exclamó gozoso Cristóbal.

—Buenos días, Cristo. A ver si esta noche invitas a una ronda —replicó vacilón Salva. Sin embargo, Román se limitó a asentir con un gesto pobemente disimulado.

—Ya te gustaría —añadió dejando ir una breve carcajada—. Tráete a Román también, que lo tienes explotado.

Anecdóticamente, las personas que pisaban el recinto por primera vez tendían a pensar que Román era hijo de Salva. No por el inexistente parecido, sino por el trato y la confianza que reflejaban a menudo sus conversaciones.

Debía ser ya mediodía cuando Conchita entró por la puerta, rebosante de júbilo e ilusión. A sus 84 años, la mujer de origen granadino no había dejado que nada acabara con su alegría. Es más, Salvador no recordaba haber visto a esa mujer llorar, y no creía que fuera capaz siquiera. Aun así, Conchita era la figura del pueblo, así como una leyenda andante para los jóvenes y para los ya vetustos que se sentaban a escuchar sus historias delante de la humilde plaza de la iglesia.

Venía a por sus acostumbradas barras de un pan amacerado, que solía comprar a esa hora para que sus nietos tuvieran el pan reciente junto con las torrijas que tan gustosamente les cocinaba ella con lo que había sobrado del día anterior.

—¿Qué hay, Conchi? —exclamó Salva como si la presencia de la anciana mujer le hubiera dado una súbita inyección de vitalidad.

—Aquí estamos, hijo —dejó ir la mujer desprendiendo un aura de majestuosa tranquilidad—. Supongo que tienes de ese pan amacerado que tanto me gusta, ¿no? —preguntó Conchita dejando ir una amigable risilla.

—¡Pero por supuesto, Conchi! Solo me queda una, pero si te sobran 5 minutos, Román tendrá unas barras recién salidas del horno sólo para usted, ¿le parece?

—Ya sabes que tengo todo el tiempo del mundo, hijo mío —suspiró.

—¡Román! Haz el favor de hornearle unas barras de pan a Conchi, por favor —casi tropezando con las estanterías del almacén, Román se apresuró a realizar la tarea—. Lo tienes todo preparado delante del horno.

Aprovechando eso, Román solo tuvo que darle forma a la masa que Salva había dejado reposar el día anterior, y calentarla a unos 210 grados. Una vez hubo puesto el pan en el horno, se dirigió

de nuevo al almacén, pero antes de salir del mostrador, la mujer exclamó:

—Román por favor, ¿me alcanzas las aceitunas? Nunca las tenéis tan altas.

Este entonó, como un presentador de televisión que sobreactúa notablemente, y exclamó:

—Es que está usted a punto de llevarse el premio gordo por cortesía de la tienda de ultramarinos Alonso e hijos: ¡La última lata de aceitunas!

Dicho espectáculo resultó en una carcajada general que claramente reflejaba el ambiente familiar que allí se respiraba.

—Algún día me mataréis de amor, vosotros dos —dijo Conchi después de haber reído.

—No digas eso mujer, que aún nos tienes que durar muchos años —exclamó inocentemente Román, con una sonrisa bien marcada en su rostro.

Casi al instante, el horno emitió un pitido que avisaba que las barras de pan ya estaban listas. Ágilmente, Salvador las sacó del horno y se las entregó a Conchita, quién, satisfecha por notar el calor residual del pan sobre sus manos, dedicó una sonrisa a ambos antes de irse.

La aguja de reloj se aproximaba a las nueve y el campanario lo anunciaba con su habitual minuto de retraso. Las tardías campanadas eran indicadoras de la hora de cierre, e invitaban a aquellos que aún tenían ganas de más a pasarse por La taberna de Cristo. Román le pasó la cuenta de todos los víveres que faltaban en su inventario, y se apresuró a apagar las luces del almacén antes de cerrarlo con llave. Pero algo había cambiado. Los ojos de Salvador ya no reflejaban la misma energía. Parecían cansados, agotados más bien. Román se percató y no vaciló al preguntar:

—¿Está usted bien, jefe? Se le ve desanimado.

—No te preocupes Román, estoy bien, aunque no creo que te acompañe a la taberna esta noche. No me veo con fuerza. Tómate algo a mi salud, anda, y dale recuerdos a Cristóbal de mi parte —dijo dándole lo que le quedaba en la cartera.

—Lo haré pues.

Y no añadieron ningún comentario más.

Una vez fuera echaron el cierre con ayuda de las ya oxidadas rejas de ballesta que el padre de Salva mandó a instalar en el 73.

—¿Seguro que está bien? No me gusta verle así jefe... me da mal augurio.

—Déjate de chorradas, Román, y ve a tomar algo. Eres joven, aún puedes disfrutar.

Y sin articular más palabras se marchó hacia su domicilio por los caminos que estaban pobemente alumbrados por unas farolas en sus últimos momentos de vida.

—Y... ya te has cansado sin apenas hacer nada, qué sorpresa. A ti te cansa el aire, la gente, el tiempo... vamos, que te cansa la vida.

—...

—No me ignores, sé que me estás escuchando.

—¿Por qué no te callas un rato? O mejor aún, aprovecha a hablar todo lo que puedas antes de que me vuele la cabeza y no puedas decir nada más.

—¿Y no te has planteado que igual eso es lo que quiero? Llevo muchos años contigo, más de los que me gustaría, y si te soy sincero preferiría arder en el infierno.

—Mi sufrimiento es tu sufrimiento y es por eso que aun respiro.

La luz que le acompañaba en su camino se apagó con ligeros destellos, fruto de la muerte anunciada de alguna bombilla. No era la primera vez que las farolas dejaban de funcionar entrada la medianoche, pues el alumbrado público de Ontalvilla llevaba casi dos décadas sin gozar de una reparación en condiciones. De hecho, se rumoreaba que el alcalde, con sus escasos conocimientos de electricista, era quién se dedicaba a reparar el cableado defectuoso. Obviamente sus reparaciones no era más que chapuzas.

Aún con esto el paso de Salvador no se incrementó. Más bien se vio sumido en una discusión silenciosa, agitando únicamente sus brazos en un intento de carisma y de convicción, pero por segundos su energía disminuía, menguaba como las hojas en otoño,

y ya ausente de vitalidad, con las ramas ya desnudas, siguió en un paso lento y cabizbajo una reflexión que no hubiese tenido sentido si la hubiera pronunciado en alto.

Si por entonces alguien hubiese visto la casa de Salva, fácilmente comprendería que este se hundía poco a poco en sus delirios. La fachada era vieja, y la arqueológica estructura hacía juego con los muebles, cuya ajada madera parecía tener unos 80 años de antigüedad. Sin embargo, el deterioro era de comprender, pues la casa había gozado de la compañía de su abuelo y su padre antes de pasar a las manos de Salva.

Tiempo atrás, la vivienda conservó la esencia de aquellas salas pequeñas que bien servían para albergar a toda una familia, pero ahora, húmeda y deslucida, con tanto espacio y tan deteriorado, ¿de qué le podía servir? Los dos pisos de arriba estaban ahora en desuso, pastos del polvo y del olvido, y cabe destacar que una de las paredes de la planta baja sufrió la ira del mazo de Salvador, ya que este decidió rehabilitar la casa añadiendo un nuevo salón. Eso sí, antes de que su vida entera se centrarse en olvidar.

Dicho salón era una de las dos únicas salas que se encontraban notablemente sobrecargadas, y, curiosamente, la habitación estaba a rebosar de miscelánea que nada tenía que ver con la funcionalidad de esta. Un microondas, su despertador e incluso un gnomo de jardín ornamentaban la incoherente atmósfera que se respiraba en aquella habitación, y por si no fuera suficiente, Salva había optado por usar cubos de pintura vacíos en vez de las habituales bolsas de basura.

No obstante, había llegado hasta tal punto que estos habían sido engullidos por los grandes montículos de despojos y suciedad que se habían ido formando con el paso del tiempo. Además, las incontables botellas de ginebra y whisky medio empezadas adornaban las estanterías, aportando el único toque de color apreciable en el salón. Desde Hendricks hasta Jack Daniels, pasando por Beefeater y Four Roses, los recipientes se hallaban curiosamente ordenadas según edad, aunque eso sí, el volumen era tal que jamás hubieran cabido todas ni en los estantes ni en la encimera.

Con las llaves ya en la mano, sin mucha urgencia, abrió la puerta. Después de haber pasado, la cerró suavemente a la vez que encendía las luces. Colgó su chaqueta y se dejó caer en el sofá con la mirada perdida en las botellas que yacían tumbadas en el suelo.

—Ya estás en casa de nuevo, ¿qué tal sienta volver a estar solo? —Salva dejó ir una risilla irónica, confundible con aquella sonrisa casi forzada de aquel que siente que se tiene que reír de un chiste sin gracia—. Estás loco, demente y lo sabes, ¿verdad?

—Cállate —dijo mirando por la ventana e hipnotizado por la luz de las estrellas—. Cállate y disfruta.

Con ese mismo aire confiado, se levantó del sofá y se dirigió a un armario cuya cerradura llevaba tiempo oxidada. Sus pasos seguían un compás.

No tardó mucho en sacar de su bolsillo una sencilla llave y ágilmente la introdujo en el desgastado orificio. Al ver que la llave giraba sin problema, se emocionó, y con ansia abrió las puertas de aquel robusto mueble, que dejó al descubierto una colección de vinilos de incalculable valor.

—Hmmm... —murmuró como si aquella decisión fuera el porqué de su vida—. Phil Collins y Louis Armstrong.

Sacó ambos vinilos y acompañó la puerta del armario para no cerrarla de un portazo, como acostumbraba a hacer con las demás.

—¿Qué haces, Salva?

Este se limitó a sonreír, avanzando hacia el tocadiscos de su padre, situado sobre una hermosa mesa de caoba que, a pesar del polvo, mantenía orgullosa su encanto. Levantó ansioso la aguja, y cuidadosamente introdujo el primer vinilo: *Face Value*, de Collins.

Durante poco más de 2 segundos el sutil sonido del viento mezclado con el granulado del vinilo inundó cada rincón de la casa de Salva, hasta que los primeros golpes del bombo le invitaron a disfrutar como antaño. Conforme, se volvió a sentar en el sofá, disfrutando de la canción, y, calmado, agarró un vaso del suelo, aparentemente limpio.

—¿Qué pasa, ahora te has quedado mudo? —exclamó vacilón Salvador a la vez que recogía la botella de Glenfiddich de 21 años del suelo.

Casi atónito, observó los dos objetos que en ese momento estaba sosteniendo y sutilmente vertió un chorro de brebaje que mojó el fondo del vaso hasta llenarlo en exceso, y, sin esfuerzo, volvió a vaciarlo de un trago. De manera inexplicable, y exaltado por la potencia de la percusión, arrojó el vaso contra una pared rompiéndolo en mil pedazos.

Con el auge de esa hoguera de sentimientos, Salva intentaba coordinar el ritmo de la música con los anchos movimientos de pies y los tragos que se veían prolongados al sonar el estribillo, pues a pesar de su mediocre inglés, conocía a la perfección cada nota del que un día fue su cantante favorito.

Cuando la canción terminó, Salva se acercó, aún con cierta sobriedad, a aquella mesa de caoba, y, guardando cuidadosamente el disco, puso aquel de Louis Armstrong: *La vie en rose*. La verdad es que no tardó mucho en empezar a dejarse llevar por la nostalgia y el recuerdo, mientras sus pies seguían bailando y sus manos desenredaban los cables de la luz. Lloraban sus ojos perdidos en la alegría, el dolor y el arrepentimiento. Dolidos por los errores y por los aciertos que acabaron siéndolo.

—Lo siento, te he fallado. Le he fallado a muchos, pero pronto me reuniré con ellos, y a aquel a quien deseo fallar siempre le he fallado, así que daré este camino por acabado y aceptaré mi sentencia —dijo en un intento de sobriedad, como si se enfrentase al purgatorio y ya fuese sabido el veredicto.

—¿Qué dices, Salva?

Pero no hubo respuesta, pues esta vez estaba decidido. Decidido a terminar con todo lo que le atormentó, se sentó de nuevo en la butaca del salón, y pacientemente ligó los cables de la luz.

—Por favor, Salvador, ¿qué cojones te crees que estás haciendo? —por primera vez, la voz en su cabeza no sonaba tan poderosa. Por primera vez, estaba asustada—. No irás a... ¿verdad que no? Por favor, dime que no.

Acto seguido arrastró la frágil mesilla del salón, poniéndola a la par con una viga, y por el escaso agujero que los años habían for-

mado en techo, enhebró el cable que acababa en ese típico nudo de soga que ya le había servido antes para amarrar la puerta de algún corral.

—Oh Dios mío... Salva no lo hagas. Así no arreglarás nada, de verdad... —rogaba su voz, pero Salva la ignoró.

A pesar de todo, sus intentos fueron en vano, pues no dudó en subirse a la mesilla y colocarse la soga.

—Suerte —dijo con lágrimas en los ojos—, no me echéis mucho de menos.

Dio un paso al frente y se dejó caer. Aquella noche, entre truenos y relámpagos, el cielo lloraba la perdida de Salvador Alonso.

CAPÍTULO I

Una cigüeña batía las alas, atemorizada por los estruendos de aquella campana que rugía bajo su nido. Román, estupefacto, se acostumbraba en uno de los bancos más apartados del altar, no tanto por el aforo, el cual era casi nulo, sino por esa extraña sensación que recorría cada rincón de su cuerpo, y que parecía evitar la interacción a toda costa. Allí también se encontraba Cristóbal, aparentemente destrozado, y con una mirada que, vagamente, intentaba centrarse en el melancólico sermón del párroco. De alguna manera, Román empatizaba con él. Cristóbal, al notar su presencia, se le acercó.

—¿Cómo te encuentras, Román? —preguntó Cristóbal intentando disimular su tristeza. Pero la única respuesta que obtuvo fue la respiración entrecortada de este, fruto del sollozo que había estado reprimiendo lo que llevaba de misa—. Sé que es muy duro. Me crie con él, y prácticamente ha sido como un hermano para mí. Sin Salva, muchas de las cosas que hoy ves en este pueblo no existirían.

—¿Cómo qué? —respondió Román cabizbajo.

—Mi taberna, su tienda de ultramarinos, parte de esta ermita, el campo de fútbol... ¿continúo? —Román no respondió, así que tras la pausa prosiguió—: Él te quería como a un hijo, y como un hijo te comportaste...

—Si así fuera no estaría muerto —interrumpió Román repentinamente—. Para él solo fui un empleado, el crío que uno tiene para atender la caja... ¡Nada más! —exclamó perdidamente furioso.

Entre el tumulto, Román notó cómo todo se tornaba negro, nublándosele la vista. Perdiendo la conciencia, escuchó la voz del cura sobresaltado, así como los gritos del tabernero que buscaban auxilio.

Cuando todo quedó en negro se empezó a distinguir una curiosa silueta que dos días atrás ya había visto. Era Conchi, había ido a la tienda de ultramarinos a hacer la compra. Esta, para su sorpresa, solo se encontró a Román en la puerta echado, cabizbajo.

—¿Aún no ha llegado mi dulce Salva?

—No... He estado esperando por horas y nada. Se habrá olvidado que hoy es laboral.

—¿Mi Salva? ¿Al que le he visto abrir hasta en las fiestas de San Juan? Ese no se olvida de abrir ni el día que el cielo se caiga.

—Pero sabe usted como nadie que Salva es un desastre. Es trabajador, sí, pero un desastre. Más de una semana le he visto una camisa «parecida», o dejar los pepinillos en el lugar de las sardinas. Ya sabe, esas cosas.

—No te preocunes, Román, no corre ninguna prisa. Estoy segura de que no tardará mucho más en aparecer —exclamó con un tierno tono de voz—. A menudo puede parecer olvidadizo, incluso aunque lo conozcas de toda la vida, pero la verdad es que son pocas cosas de las que se olvida Salva, por no decir que no se olvida de nada.

—Pues supongo que se habrá quedado dormido. De todos modos, si no se presenta en menos de media hora iré a despertarle.

—Me parece bien, ya me contarás qué le pasaba. Nos vemos este mediodía, que pasaré a buscar el pan de siempre. Cuídate.

—Igualmente, Conchi, que vaya bien —respondió desanimado.

Pasada media hora, decidido, emprendió el camino a casa de su jefe mientras se repetía a sí mismo: «Estará durmiendo, seguro que estará durmiendo», pero la realidad es que Román tenía miedo de que eso no fuera verdad. Salva había demostrado la noche anterior desviarse de su absurda órbita.

Por el camino se encontró a Cristóbal que, mientras sacaba la basura, le dedicó un gesto amistoso.